

# TEMAS Y FORMAS HISPÁNICAS: ARTE, CULTURA Y SOCIEDAD

Carlos Mata Induráin y Anna Morózova (eds.)





«ESTA MEXICANA ATHENAS NO CEDE EN  
MAGNIFICENCIA A LAS MUESTRAS EUROPEAS».  
LAS «GRANDEZAS» DE LAS CIUDADES EN EL  
VIRREINATO DE NUEVA ESPAÑA EN EL SIGLO XVII

*Luis Javier Cuesta Hernández*  
*Universidad Iberoamericana, México*

*esta mexicana Athenas*<sup>1</sup>

*no cede en magnificencia a las muestras europeas*<sup>2</sup>

I. EL GUSTO POR LA ARQUITECTURA EN LA NUEVA ESPAÑA DEL SIGLO XVII

Como «Atenas mexicana» caracterizaba el conocidísimo jesuita Francisco de Florencia (1619-1695)<sup>3</sup> a la ciudad de México, en 1683,

<sup>1</sup> Sigüenza, *Trivmpho Parthenico...*, en México, por Juan de Ribera en el Empe-  
dradillo, MDCLXXXIII. Carlos de Sigüenza y Góngora (México, 1645-1700) es  
una de las figuras claves de la vida cultural novohispana de la segunda mitad del siglo  
XVII. Tras haber sido expulsado de la Compañía de Jesús, a la que había ingresado  
en 1662, hizo carrera en la Universidad Real y Pontificia, donde llegó a ser, desde  
1672, Catedrático de astrología y matemáticas, sucediendo a otro matemático nota-  
ble como Diego Rodríguez. Entre los hitos de su vida pueden recordarse la publica-  
ción en 1690 de su *Libra Astronómica*, en el que refuta las ideas del jesuita Eusebio  
Kino sobre los cometas; el rescate de la Biblioteca del Real Palacio tras el motín de  
1692; y sus trabajos como cosmógrafo real de la Nueva España.

<sup>2</sup> Gemelli Carreri, 1983, p. 104.

<sup>3</sup> Figura fundamental de la Compañía de Jesús en la Nueva España, cuya historia  
reflejó en su *Historia de la Compañía de Jesús en la Nueva España*, publicada en México

en su aprobación al *Trivmpho Parthenico* de Carlos de Sigüenza y Góngora. Esta identificación de las ciudades del mundo hispánico con los centros por excelencia del mundo clásico, es constante desde la Baja Edad Media y, como tal, ha sido exhaustivamente estudiada por muy diversos autores, coincidiendo todos en que se trata de una costumbre procedente del mundo literario<sup>4</sup>, lo cual es significativo si quisieramos llegar a comprobar la naturaleza literaria de la arquitectura, tanto en su práctica como en su descripción o, si se prefiere, su *ekphrasis*<sup>5</sup>.

Además de la referencia al mundo clásico, en las mismas páginas que glosábamos del Padre Florencia, escritas en 1683, podemos encontrar significativamente combinadas una muy usual referencia (al menos a fines del xvii y principios del xviii) a la arquitectura de la metrópoli como vara de medir y un marcado énfasis en la grandeza de las construcciones virreinales, como puede apreciarse en esta cita:

... una Aula General, tan capaz, tan proporcionada, tan bella, tan costosa, que puede competir primores con las más bien acabadas y mejores de toda Europa<sup>6</sup>.

Y es que la igualdad o superioridad en relación con Europa son figuras retóricas muy usuales y frecuentemente utilizadas para engrandecer la arquitectura novohispana. Ya habíamos tenido ocasión de revisarla en otros estudios<sup>7</sup> y se trata, no cabe duda, de una actitud

---

en 1694. Entre sus obras fundamentales destacan *La estrella del norte de México* (1688), sobre el culto guadalupano, o el famoso *Zodiaco Mariano*, publicado de manera póstuma y completado por el padre Juan Antonio Oviedo, dedicado a todos los cultos marianos en la Nueva España.

<sup>4</sup> Marías, 1986; Lleó Cañal, 2001; Díez del Corral, 1987. Uno de los últimos ejemplos en Urrero, 2008.

<sup>5</sup> El lector avisado puede pensar que esta nota sobra, pero quisimos introducir una pequeña digresión sobre el término. La *ekphrasis* es uno de los intercambios más comunes entre la pintura y la literatura, consiste en la descripción literaria de una obra artística, sobre todo de la pintura, narrando o describiéndola por medio de la palabra. La etimología griega (*ek* y *phrasis*, 'externo' y 'hablar' respectivamente), remite al uso del verbo *ekphrazein*, para proclamar o llamar a un objeto inanimado por su nombre.

<sup>6</sup> Sigüenza, *Trivmpho Parthenico*. Las itálicas son nuestras.

<sup>7</sup> Cuesta, 2005.

general en la cultura novohispana del siglo xvii, cuyo origen Jacques Lafaye sitúa en la figura de Carlos de Sigüenza y Góngora:

... la preeminencia mexicana es una noción que nace formalmente bajo la pluma de Sigüenza y Góngora y que se convertirá en una de las ideas rectoras de la fe religiosa-patriótica del siglo xvii<sup>8</sup>.

Otro ejemplo: así se refería Su Ilustrísima fray José de Lanciego y Eguilaz<sup>9</sup>, arzobispo de México, a la iglesia de la Casa Profesa de la ciudad de México en un sermón que pronunció en el mismo edificio el año de su inauguración (1720):

Pues habiéndose dedicado este año el majestoso y ostentativo Panteón que nos construyó a expensas de ciento y veinte mil pesos la piadosa magnificencia de la muy ilustre señora doña Gertrudis de la Peña, marquesa de las Torres<sup>10</sup>, con tanta sumptuosidad que *puede competirle primores, y aun apostarle primicias, a los más garbosos y más bien acabados templos de la América y aun de la Europa*<sup>11</sup>.

Esto me lleva a constatar cómo se extiende e intensifica entre diversas capas de la población novohispana, fundamentalmente la más culta, una preocupación recíproca entre arquitectura y literatura.

Lo cierto es que ese fenómeno se va aglutinando a lo largo del siglo xvi, y ya a principios del xvii comienza a cristalizar en una serie de textos que glosan a las “cabezas” del territorio, a las ciudades.

## 2. LAS GRANDEZAS DE LAS CIUDADES NOVOHISPANAS

Uno de los primeros indicativos de la extensión de este gusto recíproco entre literatura y arquitectura podemos encontrarlo en la difusión, a partir de principios del siglo xvii, de un género destinado a loar las principales ciudades del virreinato, en el que desempeñaba

<sup>8</sup> Lafaye, 1977, p. 114.

<sup>9</sup> José Pérez de Lanciego y Eguilaz y Mirafuentes, OSB, accedió al solio archiepiscopal el 21 de marzo de 1714 y falleció el 25 de enero de 1728.

<sup>10</sup> Junto con su esposo, don José de la Puente y Peña Castejón y Salcines, marqués de Villapiente de la Peña, fueron sin duda los principales benefactores (sobre todo de la Compañía de Jesús) en la ciudad de México a finales del siglo xvii y principios del xviii. Ambos crearon el llamado Fondo Piadoso de las Californias para favorecer la expansión de la doctrina cristiana en aquella parte de América.

<sup>11</sup> Lanciego y Eguilaz, 1720. Las itálicas son nuestras.

un papel clave la descripción de su arquitectura. De hecho algunos hablan incluso de la re-creación de un tópico literario clásico del que Horacio o Virgilio habían sido algunos de sus principales cultivadores en la Antigüedad: la *laudatio urbis*<sup>12</sup>, la alabanza de la ciudad<sup>13</sup>.

El 15 de septiembre de 1603<sup>14</sup> el doctor Bernardo de Balbuena<sup>15</sup>, una figura clave en la vida intelectual novohispana en el tránsito entre los siglos xvi y xvii<sup>16</sup>, escribía su *Grandeza mexicana*<sup>17</sup>. Esta obra celebraba la llegada a la Nueva España del nuevo arzobispo metropolitano don fray García de Mendoza y Zúñiga<sup>18</sup>.

Con ocasión de ese hecho, Balbuena expresaba ya desde la dedicatoria sus deseos de insertar los hitos destacados de la capital del virreinato<sup>19</sup> en el entorno de los reinos hispánicos, a saber, «escribir

<sup>12</sup> Es evidente, tal como lo refiere Jorge Alberto Manrique, la importancia, como antecedentes de estos textos, de los *elogia* a la ciudad de México contenidos en las epístolas de los poetas Juan de la Cueva y Eugenio de Salazar, pero su estudio hubiera excedido los límites temporales que nos impusimos para este trabajo. Ver Manrique, 1976.

<sup>13</sup> Calderón de Puelles, 2001.

<sup>14</sup> La fecha es la de la dedicatoria. Es de suponer que el libro se debió de haber terminado con anterioridad.

<sup>15</sup> Valdepeñas (Ciudad Real), 20 de noviembre de 1562-San Juan de Puerto Rico, 11 de octubre de 1627.

<sup>16</sup> Al punto de que algunos han llegado a comparar su prosa con la de Garcilaso de la Vega. Sobre Balbuena la bibliografía es extensísima. Para los aspectos que estamos tratando ver Van Horne, 1940; Rojas Garcidueñas, 1958. Más recientes son los artículos de Pascual Buxó, 1980 y 1993.

<sup>17</sup> Que se dio a la imprenta de Melchor Ocharte el año siguiente, como aparece en el anónimo *Retratos de españoles ilustres* de 1791. Aunque para los conocedores esta pueda resultar una anotación pueril, no hay que olvidar que el texto se escribe en verso —lo cual nos parece también sumamente significativo—. Nosotros hemos utilizado la edición corregida por la Academia Española (que incluye también el *Siglo de Oro en las selvas de Erífle*), publicada en Madrid por Ibarra, Impresor de Cámara de S. M. en 1821, Stanford University Library, clasificación 864 v14s.

<sup>18</sup> «La obra primera que publicó fue la *Grandeza mexicana*, impresa en aquella ciudad en 1604. Es una descripción en tercetos de las excelencias de México en todo lo que constituye rica, culta y populosa a una capital». La inscripción junto a su retrato reza: «D. BERNARDO DE BALBUENA. Natural de Valdepeñas en la Mancha, Abad de Jamayca, Obispo de Puertorico. Insigne poeta épico y bucólico: nació en 1568 y murió en 1627».

<sup>19</sup> Christian Chester, en un artículo muy interesante, compara a la ciudad de México que podríamos considerar más histórica, con base en otros documentos, con la imagen idealizada que nos pinta Balbuena, aunque no estamos de acuerdo ni con

estas excelencias de México con deseo de darlas a conocer al mundo [...] ocasión donde mostrar si en la tierra hay otra cosa que con nombre de grande pueda competir»<sup>20</sup>.

Balbuena, también desde la dedicatoria, nos ofrece el espejo ideal para mirar la grandeza de la ciudad de México, la antigüedad clásica:

De la gran Tebas muros y edificios,  
de la rica Corinto sus dos mares,  
del Tempe los abriles mas propicios,  
de Éfeso el templo, el sabio seminario  
de Atenas, y de Menfis los altares,  
de Jonia las columnas y pilares,  
los celajes de Rodas,  
y las dehesas todas  
de Argos y sus caballos singulares;  
que yo con la *Grandeza mexicana*  
coronaré tus sienes [se refiere al arzobispo Mendoza y  
Zúñiga]<sup>21</sup>.

El paralelismo metafórico con el mundo clásico va a ser una de las figuras retóricas más empleadas por los poetas novohispanos para loar las grandezas arquitectónicas propias, y así será a lo largo de toda la centuria. Las asociaciones con la antigüedad en muchas ocasiones se identifican y derivan directamente de las Siete Maravillas del mundo antiguo mediante referencias muy directas: «De la gran Tebas muros y edificios, / de Éfeso el templo, [...] / de Menfis los altares». No olvidemos que la sabiduría hermética de Egipto constituyó un desafío constante para los intelectuales del Renacimiento y el Barroco, cuya fascinación acabará siendo una de las bases de la cultura emblemática de la época. Por su parte, el templo de Artemisa en Éfeso constituía un compendio imaginario de un templo superior a cualquier otro conocido. En cierto sentido, se trataba del equivalente “clásico” del templo de Salomón en Jerusalén. Son dos imágenes, por lo tanto, enormemente poderosas desde el punto de vista arquitectónico y, como iremos viendo, las preferidas usualmente en este tipo de alusiones.

---

su selección de documentos históricos, ni con algunas de sus conclusiones. Ver Chester, 1981.

<sup>20</sup> Balbuena, *Grandeza mexicana*, fols. 1r y v de la dedicatoria.

<sup>21</sup> Balbuena, *Grandeza mexicana*, fols. 3r y v.

También en Balbuena apreciamos una característica que será constante, a partir de entonces, en los escritores novohispanos del siglo xvii que se refieran a la arquitectura: el amplísimo conocimiento del vocabulario arquitectónico. Aunque esto es algo que ya habían observado otros autores<sup>22</sup>, es importante insistir en ello ya que nos da una buena orientación respecto del interés tomado por los escritores en las manifestaciones constructivas.

A título de ejemplo, observemos lo que escribe el autor sobre las techumbres de los edificios de la ciudad de México:

Si en corvas cimbrias artesones de oro  
por las soberbias arquitrabes vuelan  
con ricos lazos de inmortal tesoro;  
si la escultura y el pincel consuelan  
con sus primores los curiosos ojos,  
y en contrahacer el mundo se desvelan<sup>23</sup>.

*Cimbras*, *arquitrabes* o *lazos* son términos que tal vez uno esperaría encontrar en un tratado de carpintería de lo blanco contemporáneo pero que pueden resultar sorprendentes si no supieramos que se volverá una tendencia en el resto de la centuria, como iremos viendo.

Pero no nos confundamos: este es un fenómeno perfectamente extrapolable a todo el ámbito hispano. Para muestra un botón: en 1603, Agustín de Rojas Villandrando escribe los siguientes versos en *El viaje entretenido*, para describir el Madrid de los Austrias:

Piedras, bronces, chapiteles,  
pirámides, coliseos,  
obeliscos y colosos,  
móviles y paralelos,  
rafes, techumbre, arquitrabes,  
pentágonos y cruceros,

<sup>22</sup> Fernández, 2004.

<sup>23</sup> Balbuena, *Grandeza mexicana*, p. 28. Hablamos de *paragone* al referirnos a la polémica que tuvo lugar a principios de la época moderna, en particular en el Renacimiento italiano, sobre cuál de las artes visuales detentaba la supremacía. Alberti, Durero o da Vinci incluyeron cuestionamientos sobre el *paragone* en sus obras teóricas.



*bien sé que solo me entienden  
no más de los arquitectos<sup>24</sup>.*

Pero lo que sigue siendo constante en esta obra son las «glosas antitruicas», piedra de toque para la grandeza de la ciudad de México:

Como a la antigüedad dio por sus dones  
pirámides, columnas, termas, baños,  
teatros, obeliscos, panteones,  
una Troya parienta de los años,  
una Roma también parienta suya  
[...]  
a México le dio que le concluya  
en otro crecimiento populoso<sup>25</sup>.

Pirámides y termas, obeliscos y panteones, Troya y Roma, se continúan intercalando con observaciones sobre las armaduras de las iglesias mexicanas:

¡Qué es ver sobre las nubes ir volando  
con bellos lazos las techumbres de oro  
de ricos templos que se van labrando!<sup>26</sup>

El interés del autor también está en otro tipo de elementos arquitectónicos, como los cimborrios y torres, que —como bien destaca Balbuena— se yerguen orgullosos pese al endeble suelo de origen lacustre de la ciudad de México:

Bien que a sus cimbrias el delgado suelo  
humilla poco a poco [...] y no por eso su altivez achican,  
que cuanto más la tierra se los traga  
más arcos y cimborrios multiplican.  
Suben las torres, cuya cumbre amaga  
a vencer de las nubes el altura,  
y que la vista en ellas se deshaga<sup>27</sup>.

<sup>24</sup> Citado por Bonet Correa, 1986, p. 167. Las itálicas son nuestras.

<sup>25</sup> Balbuena, *Grandeza mexicana*, p. 32.

<sup>26</sup> Balbuena, *Grandeza mexicana*, p. 34.

<sup>27</sup> Balbuena, *Grandeza mexicana*, p. 34.

Aunque probablemente una de las más deliciosas descripciones arquitectónicas, al menos si juzgamos por la riqueza de los términos y la corrección de su uso, sea la que se hace de las fachadas de las iglesias:

Las portadas cubiertas de escultura,  
obra sutil, riquísimo tesoro  
del corintio primor y su ternura;  
los anchos frisos de relieves de oro  
istriados, triglifos y metopas,  
que en orden suben la obra y dan decoro,  
y las columnas pérsicas, con ropas  
barbáricas cargadas de festones,  
y de acroterias pulvinadas copas<sup>28</sup>.

Los órdenes o algunos de los elementos del entablamento clásico<sup>29</sup> son todos términos que Balbuena usa con facilidad y de manera correcta, pero ¿para qué? Tal vez la respuesta, en más de un sentido, la tengamos un par de versos más abajo, en las estrofas con las que cierra el capítulo:

Al fin cuanto en esta arte hay de invenciones,  
primores, sutilezas, artificios,  
grandezas, altiveces, presunciones,  
sin levantar las cosas de sus quicios  
lo tienen todo en proporción dispuesto  
los bellos mexicanos edificios:  
jonio, corintio, dórico compuesto,  
mosaico antiguo, áspero toscano<sup>30</sup>.

A nuestro modo de ver, Balbuena realiza aquí un extraordinario panegírico del “arte de la arquitectura”, otorgándole las cualidades (literarias) más destacadas (*invenciones, primores, sutilezas, artificios, grandezas, altiveces, presunciones*), resultando fácil concluir no solamente

<sup>28</sup> Balbuena, *Grandeza mexicana*, pp. 34 y 35.

<sup>29</sup> Del italiano *pulvinato*, ‘acojinado’, se utiliza para designar la particular curvatura del friso jónico en prácticamente todos los tratadistas de la arquitectura, aunque aquí Balbuena parece tomarse una particular licencia al referir el término a las acróteras.

<sup>30</sup> Balbuena, *Grandeza mexicana*, pp. 34 y 35.

que existe en esas palabras un propósito literario de exaltación, sino también que los medios y cualidades atribuidos a la arquitectura son “retóricos” en su naturaleza y, por lo tanto, merecedores de ser homologados a los de la literatura.

Como decíamos antes, esta respuesta tal vez tenga más de un sentido y habría de insistirse en que ese nos parece sobre todo un medio para el fin último, lo cual conviene no perder de vista. Ese fin último lo constituiría el poder destacar la extraordinaria grandeza de la capital del virreinato («de los bellos mexicanos edificios»):

Ciudad bella, pueblo cortesano,  
primor del mundo, traza peregrina,  
grandeza ilustre, lustre soberano;  
fénix de galas, de riquezas mina,  
museo de ciencias y de ingenios fuente<sup>31</sup>.

A riesgo de adelantarnos, parecería que con Balbuena se estaba estableciendo una manera inequívoca de referirse a las grandezas del reino de la Nueva España a través del imaginario arquitectónico y de cómo las ciudades se ven (y se describen) por medios literarios, estableciendo así una inextricable unión entre ambas artes.

Podemos imaginar a la vez la relación de esta obra literaria con el poder real y arzobispal (recordemos que el libro se escribe en ocasión de la llegada del nuevo arzobispo metropolitano). Esta relación mostraría la incipiente conformación de una conciencia americana, que iría cristalizando en una serie de obras que, demostrando la riqueza de los territorios americanos, se convertirían también para los habitantes de estos territorios en una suerte de reclamo de privilegios a la Monarquía Católica, que sistemáticamente se los negaba<sup>32</sup>.

<sup>31</sup> Balbuena, *Grandeza mexicana*, pp. 34 y 35. Habría que decir etcétera, porque la enumeración todavía continúa por diez o quince versos más, pero no los transcribimos para no hacer enojosa la lectura.

<sup>32</sup> «... si bien para comienzos del siglo xvii los hijos de los conquistadores solían llevar la existencia muelle descrita en testimonios literarios de la época, a mediados de esa centuria pasaron a un plano secundario al ser reemplazados por funcionarios españoles, algunos prebendados, otros dispuestos a comprar cargos económicamente provechosos. Estas rivalidades se manifestaron desde muy temprano en la literatura [...] Con el paso de los años la separación entre ambos grupos se profundizará, en gran parte debido al obstinado hábito de despreciar al criollo por su posible sangre

Al respecto no podemos olvidar dos cuestiones importantes: 1) aunque estaba fuertemente relacionado con las Indias, Balbuena era de origen peninsular; 2) como obispo de Puerto Rico, se insertó dentro de las estructuras de poder de origen real (Pascual Buxó lo caracteriza casi como panegirista oficial<sup>33</sup>).

Seguirá Balbuena hasta el final del libro insistiendo en la grandeza arquitectónica de México, a veces con recursos que no dudamos en calificar incluso como cuantitativos, como en su «Epílogo y capítulo último»:

La caja real, pilar deste edificio,  
 casa de fundición y de moneda,  
 de su riqueza innumerable indicio  
 [...]
 cuarenta y dos conventos levantados  
 [...]
 una universidad, tres señalados  
 colegios, y en diversas facultades  
 [...]
 diez ricos hospitales ordinarios<sup>34</sup>.

Cuatro años después, Balbuena regresaría sobre el tema al publicar, en 1607 en la imprenta madrileña de Alonso Martín, su novela pastoril *Siglo de Oro en las Selvas de Erifile*, en la que figura un pequeño elogio de México en la Égloga VI:

... vi una soberbia y populosa ciudad, no sin mucha admiración dije en mi pensamiento: esta sin duda es aquella grandeza mejicana, de quien tantos milagros cuenta el mundo. [...] llevando a veces la vista por las *anchas y hermosas calles cargadas de soberbios edificios*, [...] *miraba aquellos reales palacios, dignos de aposentar en sí un grande imperio*, [...] me obligo a mirar *las altas torres de los tres famosos templos, que con resplandecientes techumbres mantienen dentro de las nubes un eterno día*<sup>35</sup>.

---

mezclada, o porque muchos creían que el nacido en América no podía sustraerse de la influencia perniciosa de la geografía o el clima» (Chang-Rodríguez, 2002, p. 9).

<sup>33</sup> Pascual Buxó, 1993.

<sup>34</sup> Balbuena, *Grandeza mexicana*, pp. 88 y 89.

<sup>35</sup> Égloga VI, pp. 132-134. Como dijimos unas páginas arriba, utilizamos una misma edición para la *Grandeza mejicana* y el *Siglo de Oro*, concretamente la corregida por la Academia Española y publicada por Ibarra, Impresor de Cámara de S. M. en Madrid en 1821.

Como vemos, Balbuena repite en este fragmento algunos de los argumentos utilizados antes en la *Grandeza mexicana*, fundamentalmente el tema de su admiración ante la ciudad y la importancia de sus edificaciones («soberbios edificios», «reales palacios»), con especial mención, una vez más, a las armaduras de los templos («las altas torres de los tres famosos templos, [...] con resplandecientes techumbres»).

Podría extenderme mucho más en el análisis de los textos de Balbuena, pero creo que el argumento respecto de la interacción arquitectura-literatura en su obra comienza a estar desgranado.

En muchas ocasiones la obra de Balbuena ha sido puesta en pie de igualdad con otra *laudatio urbis*<sup>36</sup>, concretamente el *Canto intitulado Mercurio*<sup>37</sup> del bachiller y presbítero Arias de Villalobos<sup>38</sup>, «por el propósito común de hacer un gran poema laudatorio cuyo tema sea la ciudad»<sup>39</sup>, y es que, efectivamente, «el poema de Villalobos [...] que describe detalladamente la animación y opulencia de la capital criolla de la Nueva España [...] evidentemente pertenece a la misma categoría panegírica»<sup>40</sup>.

El *Mercurio* fue publicado en 1623, pero fue escrito, sin duda, veinte años antes, puesto que la obra conmemora la llegada del virrey Juan de Mendoza y Luna, III marqués de Montesclaros, que se produjo en octubre de 1603<sup>41</sup>. Forma parte de una obra más extensa<sup>42</sup> cuya finalidad fundamental era describir la Jura de la ciudad de México ante la subida al trono de Felipe IV.

<sup>36</sup> Tanto Rojas Garcidueñas (1985) como Tovar de Teresa (1988) insisten en ese parangón.

<sup>37</sup> Villalobos, *Canto intitulado Mercurio...*, México, imprenta de Diego Garrido, [1623].

<sup>38</sup> Nacido c. 1568 en Jerez de los Caballeros —España—; ya se encontraba en Nueva España hacia 1589 (ese año fue contratado por el cabildo de la ciudad para escribir las comedias del Corpus). Fue bachiller, presbítero, poeta y autor de comedias. Se desconocen la fecha y el lugar de su muerte. Ver García Luna, 1999, pp. 141-143. Sobre el *Mercurio* de Villalobos, ver Garza Cuarón, 2002, pp. 138 y ss.

<sup>39</sup> Tovar de Teresa, 1988 p. 47.

<sup>40</sup> Garza Cuarón, 2002, p. 139.

<sup>41</sup> Así lo reconoce el mismo autor: «encarecer el día en que el marqués de Montes Claros entró a virreinar la Nueva España».

<sup>42</sup> Villalobos, *Obediencia que México, cabeça de la Nueva España dio a la Majestad Católica del Rey D. Philippe III de Austria N. S.* El manuscrito está perdido y solo se conserva la transcripción de García, 1907.

Entre los recursos literarios más interesantes del *Mercurio* se encuentra el que la descripción de la ciudad se efectúa mediante la narración de la factura de un tapiz por parte de una ninfa; es por lo tanto, en el sentido más estricto de la palabra, una *ekphrasis* (en este caso de un tema pictórico que describe un tema arquitectónico). La figura retórica del tapiz y la identificación del narrador-tapicero-pintor proceden directamente de la época clásica y en la literatura hispana se generalizó con los versos de la célebre Égloga III de Garcilaso de la Vega, en los que cuatro ninfas tejen la tela. Se trata, en suma, de una de las alusiones más típicas en el mundo hispánico del *ut pictura poesis* horaciano<sup>43</sup>.

Aunque no encontremos en Villalobos la riqueza de recursos que veíamos en Balbuena, quizá podríamos destacar la comparación que hace del templo de Artemisa en Éfeso (uno más de los habituales guiños a las maravillas de la Antigüedad, como veíamos más arriba) con los edificios mexicanos, a los que les atribuye ventaja sobre los antiguos, algo que, como ya hemos dicho, es un punto fundamental:

Ya no se ensalzarán los efesinos  
con el gran templo que abrasó Erostrato  
cuando los templos bellos y divinos,  
a mirar lleguen, de esta Corte, un rato.

Vemos también la insistencia, como en Balbuena, en las techumbres y armaduras de madera, refiriéndose tanto a los elementos (artesones, oro) como a las labores de la construcción (mazón, ensamblador):

Los artesones ricos, peregrinos,  
donde el oro macizo es más barato  
que el mazón, y artificio que en la cumbre  
labró un ensamblador por la techumbre.

No podemos minimizar la importancia de Villalobos y Balbuena en tanto primeros definidores de un modelo del siglo xvii y, lo que destaca quizá aún más para nosotros, de una manera de “retratar” la arquitectura novohispana con modelos eminentemente literarios

<sup>43</sup> Portús, 1992, p. 30.

encaminados fundamentalmente a encomiar la grandeza del virreinato.

### 3. CONCLUSIONES

Estos textos nos muestran varias cosas: son una producción ligada fundamentalmente a las élites urbanas y centrada en uno de sus principales emblemas visuales y significativos: la propia ciudad y su arquitectura. Los recursos literarios y las descripciones arquitectónicas (realizadas con gran maestría) se entrelazan inextricablemente. No podemos obviar la “grandeza mexicana” (parafraseando a Balbuena) que traslucen estas manifestaciones literarias que nos muestran un orgullo por las riquezas del propio reino que no dudamos en calificar como ya plenamente criollo.

Sobre esta cuestión, siempre espinosa, del criollismo en el siglo xvii, nos gustaría hacer al menos un par de acotaciones. En primer lugar recordemos las palabras de O’Gorman en sus *Meditaciones sobre el criollismo*, en las que reflexiona sobre la ligazón entre este fenómeno y la sociedad barroca del seiscientos:

... en la segunda mitad del siglo xvii [...] los escritores [...] parecen imantados por la interna e incontenible necesidad de ponderar [...] todo cuanto pertenece a la [...] que, dotada de un pasado clásico propio, ya llaman patria<sup>44</sup>.

Pero volteemos la mirada también sobre la opinión de Dolores Bravo Arriaga, según la cual el criollismo podría no ser más que una construcción ideológica, un *constructo* en el sentido más amplio de la palabra y no un hecho histórico *per se*:

*Para establecer la diferencia entre su entorno y el de la sociedad peninsular, el criollo subraya unos signos de identidad cultural y de naturaleza; exalta los frutos de la tierra, la belleza del paisaje, la opulencia de las ciudades y la riqueza excepcional de su tierra*<sup>45</sup>.

En nuestra opinión, esta es una idea muy interesante y muy bien fundamentada (por falta de espacio no vamos a entrar ahora en los argumentos de la autora, pero remitimos a los interesados a su traba-

<sup>44</sup> O’Gorman, 1970, p. 143.

<sup>45</sup> O’Gorman, 1970.

jo), que nos conduce a pensar que el criollismo sería sobre todo una construcción ideologizada de la élite cultural al servicio de la oligocracia novohispana, que le funcionaría esencialmente como aparato de justificación para conseguir ciertos fines sociales y políticos.

Aun a riesgo de parecer reiterativo, quiero remarcar las cuestiones fundamentales sobre las que he estado gravitando a lo largo de este trabajo:

1) Las continuas referencias a la Antigüedad clásica y/o bíblica, ora utilizando los temas de la mitología, ora refiriéndonos a las Siete Maravillas del mundo antiguo, ora acentuando una lectura anagógica de temas de las Escrituras.

2) La importancia de la alusión a los elementos arquitectónicos y, a través de estos, al arte de la arquitectura. Arte superior, al menos en este entorno, al resto de las artes.

3) La insistencia, a través de diferentes elementos, en la importancia del reino de la Nueva España, fin último de todo el discurso sobre las maravillas que los arquitectos novohispanos contemporáneos erigían.

Estos elementos básicos componen un discurso literario que tiene a la arquitectura como elemento fundamental. De esta manera literatura y arquitectura se hallan fuertemente imbricadas en el siglo XVII novohispano.

#### BIBLIOGRAFÍA

- BALBUENA, Bernardo de, *Grandeza mexicana dirigida al Ilustrísimo y Reverendísimo don Fray García de Mendoza y Zúñiga, arzobispo de Mexico, del Consejo de S. M.*, México, [1603]. Edición corregida por la Academia Española, Madrid, Ibarra, Impresor de Cámara de S. M., 1821. Stanford University Library, clasificación 864 v14s.
- BONET CORREA, Antonio, «La estrella favorable y la fortuna crítica de Juan Gómez de Mora», en Virginia Tovar (ed.), *Ivan Gómez de Mora (1586-1648)*, Madrid, Ayuntamiento de Madrid, 1986, pp. 160-177.
- BRAVO ARRIAGA, María Dolores, «Identidad y mitos criollos en Sigüenza y Góngora», en *Plural. Revista cultural de Excélsior*, 2.<sup>a</sup> época, vol. XVIII-I, núm. 205, México, octubre de 1988, pp. 33-36.
- CALDERÓN DE PUELLES, Mariana, «Bernardo de Balbuena y la grandeza mexicana», *Anales de la Fundación Francisco Elías de Tejada*, 7, 2001, pp. 257-268.
- CHESTER, Christian, «Poetic and Prosaic Descriptions of Colonial Mexico City», *Exploration*, 9, 1981, pp. 1-21.



- CUESTA, Luis Javier «La imagen del templo novohispano, ¿copia, creación o recreación nacional?: De “Imagen del templo de Salomón a apostarle primicias a los mas garvosos y mas bien acavados templos de la América y aun de la Europa”», en *Original-copia... ¿Original? III Congreso Internacional de Teoría e Historia del Arte*, Buenos Aires, Centro Argentino de Investigadores de Arte, 2005, pp. 257-269.
- CHANG-RODRÍGUEZ, Raquel, «La cultura letrada en la Nueva España del siglo XVII», en Beatriz Garza Cuarón, Georges Baudot y Raquel Chang-Rodríguez (coords.), *Historia de la literatura mexicana*, vol. 2, México, Siglo XXI Editores, 2002, pp. 2-45.
- DÍEZ DEL CORRAL, Rosario, *Arquitectura y mecenazgo. La imagen de Toledo en el Renacimiento*, Madrid, Alianza Editorial, 1987.
- FÉRNANDEZ, Martha, *Arquitectura religiosa de la Ciudad de México. Siglos XVI al XX. Una guía*, México, Asociación del Patrimonio Artístico Mexicano, A. C., 2004.
- FLORENCIA, Francisco de, *Historia de la Compañía de Jesús en la Nueva España*, México, [1694].
- GARCÍA, Genaro, *Documentos inéditos o muy raros para la historia de México*, vol. XII, México, UNAM, 1907.
- GARCÍA LUNA, Margarita, *Viajeros extranjeros en el estado de México*, México, UAEM, 1999.
- GARZA CUARÓN, Beatriz, BAUDOT, Georges, y CHANG-RODRÍGUEZ, Raquel (coords.), *Historia de la literatura mexicana*, vol. 2, México, Siglo XXI Editores, 2002.
- GEMELLI CARRERI, Giovanni Francesco, *Viaje a la Nueva España*, estudio preliminar, traducción y notas de Francisca Perujo, México, UNAM, Dirección General de Publicaciones, 1983.
- LAFAYE, Jacques, *Quetzalcóatl y Guadalupe: la formación de la conciencia nacional*, México, Fondo de Cultura Económica, 1977.
- LANCIEGO Y EGUILAZ, fray José, *Sermón que en el día del esclarecido Patriarcha San Ignacio de Loyola predico en la Casa Professa de la Compañía de Jesús de Mexico el Illmo. y Rmo. Sr. Mro. D. F. Joseph Lanciego y Eguilaz dinissimo Arzobispo de Mexico de el Consejo de su Magestad...*, en México, por Francisco de Rivera Calderón, en la calle de san Agustín, año de 1720. Biblioteca Nacional de México, Fondo Reservado, Colección Lafragua, 1143 LAF.
- LLEÓ CAÑAL, Vicente, *Nueva Roma: mitología y humanismo en el Renacimiento sevillano*, Sevilla, Libanó, 2001.
- MANRIQUE, Jorge Alberto, «El Manierismo en Nueva España: letras y artes», *Anales del IIE-UNAM* (México), 46, 1976, pp. 107-116.
- MARÍAS, Fernando, y KAGAN, Richard L. (eds.), *Ciudades del Siglo de Oro. Las vistas españolas de Anton van den Wyngaerde*, Madrid, El Viso, 1986.

- O'GORMAN, Edmundo, *Meditaciones sobre el criollismo*, México, Condumex, 1970.
- PASCUAL BUXÓ, José, «Bernardo de Balbuena o el manierismo plácido», en *La dispersión del manierismo*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1980, pp. 113-136.
- PASCUAL BUXÓ, José, «Bernardo de Balbuena: el arte como artificio», en Luis Cortés (ed.), *Homenaje a José Durand*, Madrid, Verbum, 1993, pp. 189-215.
- PORTÚS, Javier, *Lope de Vega y las artes plásticas (estudio sobre las relaciones entre pintura y poesía en la España del Siglo de Oro)*, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 1992, tesis doctoral.
- ROJAS GARCIDUEÑAS, José, *Bernardo de Balbuena. La vida y la obra*, México, Instituto de Investigaciones Estéticas / Universidad Nacional Autónoma de México, 1958.
- SIGÜENZA Y GÓNGORA, Carlos de, *Triumpho Parthenico que en Glorias de Maria Santissima immaculadamente concebida, celebro la Pontificia, Imperial y Regia Academia Mexicana. En el biennio, que como su Rector la governo el Doctor Don Juan de Narvaez, Tesorero General de la Santa Cruzada en el Arçobispado de Mexico y al presente Cathedratico de Prima de Sagrada Escritura. Describelo D. Carlos de Sigüenza y Gongora, Mexicano, y en ella Cathedratico propietario de Mathematicas*, en México, por Juan de Ribera en el Empedradillo, MDCLXXXIII, [1683]. Nettie Lee Benson Library, University of Texas.
- TOVAR DE TERESA, Guillermo, *Bibliografía novohispana de arte*, vol. 1, México, Fondo de Cultura Económica, 1988.
- URRERO, Guzmán, «Nueva Roma. Contrarreforma y espacios de devoción», en VV. AA., *Alcalá. Una ciudad en la historia*, Madrid, Academia de Bellas Artes de San Fernando, 2008, pp. 307-343.
- VAN HORNE, John, *Bernardo de Balbuena. Biografía y crítica*, Guadalajara, Imprenta Font, 1940.
- VILLALOBOS, Arias de, *Canto intitulado Mercurio, dáse razón en él del estado y grandez de esta gran ciudad de México Tenoxtitlan, desde su principio, al estado que hoy tiene con los príncipes que la han gobernado por nuestros reyes, en Obediencia que México, cabeça de la Nueva España dio a la Majestad Católica del Rey D. Philippe III de Austria N. S. Alça[n]do Pe[n]do[n] de vasallaje en su Real No[m]bre. Con un discurso en verso del Estado de la Misma Ciudad, desde su mas Antigua Fundacion, Imperio y Conquista, hasta el mayor del Crecimiento y Grandeza en que oy esta*, México, imprenta de Diego Garrido, [1623].